

EXPERIENCIAS LEXICOGRAFICAS

APUNTES Y NOTAS

En mi ya larga vida, me he hallado en varias ocasiones en estrecho contacto con las labores lexicográficas, de las que creo haber formado un modesto concepto, que me propongo desarrollar en la presente exposición. En plena juventud, actuando de opositor a cátedra de lengua y literatura latinas, no pude utilizar más que léxicos muy deficientes, los que tenían general aplicación más que aceptación en el ambiente universitario no muy depurado de mis años mozos. Ni pude ni tuve tiempo de hacer una preparación sólida profesional, ni me libré de las funestas improvisaciones, que en la época que evoco estaban a la orden del día. Sólo recuerdo de esa época nada venturosa de mi vida discente que uno de mis coopositorios, de memoria casi patológica, trataba de aprenderse *ad pedem litterae* el *Diccionario latino-español* de D. Raimundo de Miguel y del Marqués de Morante. Decisión tan descabellada y escalofriante llenaba mi espíritu de admiración y de temor respetuoso por aquel denodado luchador en las justas académicas, capaz de tr a g a r s e (?) un diccionario, o, cuando menos, de intentar semejante descomunal empresa.

Ingresé en el profesorado oficial universitario en plena juventud y por fortuna para mí — y creo que acaso también para mis primeros discípulos — tuve desde el primer momento de mi actuación profesional conciencia clara y hasta hipersensibilizada de mis responsabilidades docentes. No me atreveré a decir que esa situación de ánimo me deparara siempre aciertos, puesto que no me vi libre nunca de fracasos o de yerros, pero sí puedo afirmar que la sincera y dolorosa disconformidad conmigo mismo, me permitía sacar fuerzas de flaqueza y

cumplir la modestísima labor que he realizado en mi ya también larga vida profesional docente.

Pero volvamos a la lexicografía, de la que, contra lo que pudiera parecer, no nos hemos alejado mucho con las precedentes consideraciones. Comencé mi vida docente con el dejo amargo de los léxicos farragosos, plúmbeos, oscuros, forjados al parecer fuera y aparte de toda seria preocupación científica. Parecían esos in-folios instrumentos de tortura más que recursos de conocimiento y de investigación científica. Mas creí siempre, basado en mi modestísima información bibliográfica, que los diccionarios, que los textos magistrales, que las monografías, que incluso las “notas” y los “comptes-rendus” de las revistas, en suma, que todas y cada una de las producciones de la literatura científica, no necesitaban para ser eficaces y valiosas estar reñidas con la amenidad, con la belleza y, sobre todo, con el culto abnegado de la verdad cierta y profunda. Esos tan razonables y esperanzados pensamientos tuvieron para mí venturosa comprobación en el famoso *Diccionario latino-alemán* de Heinichen, reelaborado por Blase y Reeb en el primer decenio del presente siglo¹. El citado diccionario abandona las rutas del desolador empirismo tradicional y de los seculares descuidos, registrando los vocablos con absoluta precisión gráfica y prosódica, con estricto rigor etimológico y semasiológico y con lúcida visión de sus posibilidades funcionales sintácticas. Más de tres decenios de empleo casi constante de dicho léxico, me han permitido rendir a sus autores el fervoroso tributo de mi admiración irrestric-

¹ La obra a que me refiero en el texto, presenta la siguiente portada: *Heinichens lateinisches Schulwörterbuch. I. Teil. Lateinisch - deutsches Schulwörterbuch... achte Auflage Neubearbeitet von DR. HEINRICH BLASE und PROF. DR. WILHELM REEB mit einem Abriss der lateinischen Laut-, Formen- und Wortbildungslehre von DR. E. HERMANN, der Bedeutungslehre und Stilistik von PROF. DR. K. REISSINGER...* Teubner, Leipzig und Berlin, 1909. De este interesantísimo diccionario se ha publicado, además, una “verkürzte Bearbeitung”, rotulada *Kleines lateinisch - deutsches Schulwörterbuch von DR. HEINRICH BLASE und DR. WILHELM REEB...*, 1911 Druck und Verlag von B. G. TEUBNER in Leipzig und Berlin. De la mencionada “edición reducida” poseo aún un ejemplar, que he utilizado muchos años. Y tengo también noticia —por referencias mediatas— de una posterior reimpresión de dicho diccionario así citada: *Heinichen, Lateinisch - deutsches Schulwörterbuch*, Leipzig u. Berlin.

ta. Un cursillo de gramática histórica profesado hace unos años en el Instituto Caro y Cuervo, me permitió utilizar el mencionado repertorio lexicográfico sin una sola falla en más de medio centenar de rectificaciones que he podido hacer en las notaciones prosódicas de la última edición de la *Gramática histórica española* del maestro Menéndez Pidal².

En el citado *Diccionario* se acusaban dos principales características, que convendrá subrayar cuidadosamente. Las acepciones de los vocablos eran registradas en una ordenación semasiológica estricta, acaso en ocasiones excesivamente esquemática y rígida, pero siempre preferible al tradicional caótico desorden, que imperaba y sigue desgraciadamente imperando en los léxicos trazados al margen de toda labor científica lingüística y de toda crítica objetiva. Mas esta excelencia; unida a la de las notaciones prosódicas y a la de las referencias etimológicas de recomendable exactitud, halla una sólida fundamentación y una venturosa superación en el jugoso y substanciosísimo prólogo que encabeza tal léxico. Dicho prólogo recoge en lúcidas síntesis los conocimientos más sólidamente elaborados respecto a la fonética, la morfología y la semasiología de la lengua latina. Esas síntesis han sido muchas veces utilizadas por el que traza estas líneas para condensar largas y tediosas exposiciones doctrinales de su labor profesional universitaria.

Pero esta aplicación circunstancial nada significa más que la selecta elaboración de las síntesis de referencia. En tales síntesis he creído percibir y sigo percibiendo un más profundo sentido del que refleja mi aplauso y mi aprobación de semejantes labores doctrinales. Un diccionario basado en un sólido esquema doctrinal científico del idioma correspondiente, es un diccionario seriamente concebido y elaborado, es un diccionario representativo de las más progresivas y más fecundas

² Sexta edición corregida y aumentada. Espasa - Calpe, S. A. Madrid, 1941. Tres años después (en 1944, por tanto) y en la misma Editorial (Espasa - Calpe, S. A. Madrid), ha aparecido una séptima edición de dicha obra. Mas esta séptima edición es estereotípica de la anterior, cuyas erratas conserva. No he podido aún consultar la octava, aparecida en 1949, según referencia fidedigna que recojo al corregir en pruebas estas páginas.

orientaciones de la lexicografía moderna y contemporánea. Y al abrimse con la obra citada las perspectivas que trato de evocar, me fue también posible comprender y advertir que dichosamente el caso del Heinichen, no era caso único, aunque por desgracia no resultaba tampoco de general o, cuando menos, de muy difundida imitación. En los días que corren, el ejemplo del Heinichen, noblemente seguido en los léxicos de Benoist-Goelzer, Gaffiot y Ernout-Meillet, v. gr.³, para no citar más que algunos de los diccionarios más corrientes y autorizados, no puede sorprendernos, ni extrañarnos. En tres decenios aproximadamente la lexicografía ha podido alcanzar notables progresos, a pesar de las horrendas conflagraciones bélicas del ambiente internacional. Pero se comprenderá que podría bastar para abrir el ánimo a las más consoladoras esperanzas, comprobar que había sido roto el hielo del empirismo y de la incomprensión tradicionales, y que no ya para un futuro próximo, sino en el inmediato presente, la lexicografía tomaba posiciones en un ambiente de absoluta, de estricta seriedad científica. Los que no han sufrido y vivido, como el que esto escribe, las flaquezas anteriores a la situación actual, no pueden tampoco comprender la fundada ilusión y sentida esperanza que los hechos narrados producían.

Mi vida profesional me llevó en los últimos años de mi estancia en España a la Universidad Central de Madrid, a la Facultad de Filosofía y Letras de dicho centro universitario en la Sección de Lenguas y Literaturas Clásicas. Allí, el ilustre decano de la mencionada Facultad, D. Manuel G. Morente, desgraciada y prematuramente muerto hace algunos años para irreparable pérdida de la ciencia española contemporánea, quiso echar sobre mis hombros la enorme responsabilidad de una honrosísima colaboración en la redacción de un diccionario latino-español, puesto al servicio de las más puras finalidades didácticas y pedagógicas. Cuando yo trataba de librarme de aceptar tan agobiadora tarea, invocando razones, no pretextos,

³ Vid. E. BENOIST et H. GOELZER, *Dictionnaire latin - français*, Paris, 1893, F. GAFFIOT, *Dictionnaire illustré latin - français*, Paris [1934] y A. ERNOUT et A. MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine, Histoire des mots* 2, Paris, 1939.

que hallaban su fundamento en mi dolorosa limitación personal, el mencionado insigne decano me argüía vivamente para advertirme que podía y debía suplir mis flaquezas con mi honda devoción — que le constaba de manera inequívoca — por la lexicografía científica.

Las desventuras de la guerra civil española frustraron totalmente esa nobilísima tentativa, que no pudo pasar de la ineficaz esfera de los buenos propósitos no realizados por no ser oportuna e inmediatamente realizables. El triste y necesario alejamiento de la patria querida y doliente me trajo a este hidalgo solar colombiano, en el que he llenado ya muchas páginas de mi diario de gratitud entrañada, cordialísima. Pues bien, al año de residir en Colombia, de nuevo me vi en trascendentales y abrumadoras relaciones con las labores lexicográficas: como colaborador, primero, del Instituto Rufino J. Cuervo y como colaborador, también, después, del Instituto Caro y Cuervo, he contraído el compromiso de honor de colaborar en las tareas precisas para trazar la continuación del *Diccionario de construcción y régimen*, comenzado por el insigne D. Rufino J. Cuervo, de sagrada y perdurable memoria.

La amarga experiencia de la lejana juventud y la más grata de mis años de madurez, se conjugan ahora en mi actuación presente, desarrollada ya en plena senectud. Y debo advertir en primer término que al ponerme en frecuente y habitual contacto con la labor lexicológica cumplida por el insigne maestro bogotano, he vuelto a encontrar perspectivas lexicológicas muy semejantes, por no decir en muchos respectos muy superiores a las halladas en mis primeras consultas del Heinichen⁴. También el insigne lingüista bogotano se creyó en el deber de trazar un luminoso proemio para su *Diccionario de construcción y régimen*, y en tal proemio no necesitó, como el citado autor germano, ceñirse a los estrictos y reducidos límites de la formación elemental común a los más habituales usuarios del Heinichen

⁴ No parecerá exagerada mi apreciación si se advierte que la ruta seguida por Blase y Reeb en el primer año del segundo decenio del siglo xx (año 1911), había sido ya emprendida con toda resolución en el último tercio del siglo pasado por el maestro Cuervo (el primer tomo del famoso *Diccionario de construcción y régimen* vio la luz de la publicidad el año 1886).

“reducido”, sino que pudo con toda amplitud y libertad desarrollar sus tesis doctrinales en los principales y más variados sectores de la enciclopedia lingüística. Ese hermoso proemio de Cuervo, que hemos tenido que extractar en más de una ocasión y que es acreedor a una atenta y minuciosa glosa, sirve también, como el del Heinichen, para situar la labor lexicológica respectiva en el ambiente científico lingüístico que el autor juzga más razonable, más legítimo y, por ende, más eficaz. No podré decir que todas las aseveraciones de la pieza doctrinal que ahora subrayamos conserven hoy una vigencia irrestricta y una lozanía no marchitada, mas sí puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que el contenido doctrinal del proemio citado de Cuervo fue, cuando se elaboró y se publicó, claro índice del más elevado nivel científico alcanzado en aquella época y de una genialísima y personal interpretación, tan original como autorizada. Podré documentar y documentaré mis precedentes asertos con las sobrias comprobaciones oportunas en el caso, pero ahora y en este momento lo que me interesa subrayar es que el más genial lexicógrafo colombiano y uno de los más autorizados del mundo culto, D. Rufino J. Cuervo, abrió ruta y huella en la lexicografía sintáctica del castellano, orientando y cumpliendo su labor específica lexicológica y lexicográfica dentro de una severa, lúcida y progresiva técnica científica.

Porque conste muy en primer término que cada vocablo aparece registrado en la lexicografía científica como un sistema de fuerzas expresivas, de funciones semánticas y sintácticas, susceptibles en ocasiones y necesitadas siempre de precisa y rigurosa ordenación. Tal precisa y rigurosa ordenación de los sistemas de fuerzas expresivas en que consisten los vocablos de las lenguas humanas, no es siempre, ni siquiera en el mayor número de los casos tarea asequible a las más destacadas personalidades científicas; en no pocas ocasiones nos vemos obligados a reconocer la parcial frustración de los mejores y más abnegados esfuerzos. Pero con todo y con eso, el objetivo que proponemos es y ha sido ya no solo asequible y dichosamente logrado a veces, sino de inexcusable e insobornable necesidad doctrinal. Solo cuando el vocablo nos descubra sus más íntimas esencias expresivas, nos será conocido en su plena realidad

lingüística. Y claro es que para penetrar en las esencias expresivas del lenguaje, se necesita calar hondo en la vida de los vocablos, de los que ninguna capital faceta lingüística deberá abstraerse a nuestra acuciosa consideración. Deberemos llegar, para subvenir a los designios de la lexicografía científica, a trazar “monografías de vocablos”, en las que nada esencial del maravilloso fenómeno de la expresión lingüística humana quede al margen de nuestro afán inquisitivo, de nuestra ansia insaciable de verdad⁵.

Cuervo señala con admirable lucidez el objetivo propio de la lexicografía científica y da claros testimonios de su severa e irreprochable orientación doctrinal lexicográfica. Pero que no se me crea por mi honrada palabra: textos cantan y a su tenor literal y literario basta que nos atengamos para dar a los razonamientos previos su necesaria y solemne ratificación. Y todavía constituye esta posición teórica no solo fundamento sólido para nuestras labores presentes, sino eficaz fermento para sostener el noble anhelo de una obligada y, en parte, posible y modesta superación de las tareas cumplidas por el insigne filólogo y lingüista bogotano. En ese clima ideal he creído — y sigo creyendo — que debemos recoger y continuar la tradición científica de Cuervo.

Pero insisto en que cabe testimoniar con documentos de eficiencia demostrativa y suasoria irrefutable, la exactitud, ya hoy comúnmente aceptada, de los precedentes asertos. Dice así Cuervo, fijando su concepto de la lexicografía (*Introducción al Diccionario de construcción y régimen*, pág. 1): “El filólogo puede estudiar la estructura de una lengua, o deduciendo lo que en ella tiene carácter general, como son las leyes a que se sujeta cada categoría de palabras y las fórmulas que se emplean para expresar los pensamientos; o bien individuando en cada palabra la fórmula que le corresponde y los oficios que desempeña en virtud de su significado y de las relaciones en que, a conse-

⁵ En nuestra exposición monográfica rotulada *Concepto de un diccionario de construcción y régimen* (vid. BICC, año I, nº 3, septbre.-dicbre. 1945, págs. 481 y sigs.), hemos precisado lo que cabe entender por la expresión *monografías de vocablos*, y a lo indicado en dicho lugar nos remitimos aquí para evitar innecesarias repeticiones.

cuencia de éste, puede hallarse con otros términos. El resultado del primer estudio constituye la gramática propiamente dicha, que no desciende a puntos individuales sino cuando trata de accidentes que completan el cuadro morfológico de la lengua o de voces destinadas por el uso a funciones especiales; mientras que el fijar lo que podemos llamar sintaxis individual, tomando como base el desarrollo ideológico del concepto que informa cada palabra y explicando circunstanciadamente todas las combinaciones que le son peculiares, corresponde de lleno al Diccionario del idioma". Mas esa labor no es siempre plenamente asequible, según continúa diciendo el maestro Cuervo con las siguientes aseveraciones (*op. cit.*, págs. 1 y 11): "Ora sea por la variedad con que pueden considerarse las relaciones de unos términos con otros, ora por la confusión que se ocasiona de la simultaneidad con que se usan diversas combinaciones o de la delicadeza de las diferencias que las distinguen, ora por la influencia de la contaminación analógica y la mezcla extranjera que a cada paso alteran formas y construcciones, el caso es que, para el uso literario de una lengua cultivada durante siglos, no siempre se logra comprobar a primera vista si el empleo de tal construcción o partícula debe su existencia al desenvolvimiento normal, ya ideológico, ya formal, del lenguaje, o si solamente es una corruptela originada del olvido en que se ha puesto el valor de los términos". No necesitaremos advertir al discreto lector que en las líneas que acabamos de copiar, el maestro Cuervo plantea un trascendental problema respecto a la calificación que puedan merecer determinados procesos sintácticos de compleja etiología. Dónde y hasta qué punto un giro cualquiera refleja el normal proceso evolutivo de la lengua a que corresponde, y dónde y hasta qué punto en otro giro diverso del primero, podemos reconocer y hasta, por consiguiente, censurar, reales o supuestas corruptelas lingüísticas, es un tema muy arduo, que supone una discriminación sutilísima, en muchas ocasiones nada asequible a las inteligencias dotadas de mayor acuidad de visión interior. Presuntuoso sería por nuestra parte intentar aquí proponer una solución fundada de tan difícil problema, pero se nos permitirá indicar cuál creemos que haya de ser la ruta que deberemos

seguir en el indicado sector de la estimativa lingüística, disciplina no tan cultivada como pudiera y debería serlo. Sólo cuando conozcamos la fundamental esencia de los hechos lingüístico-sintácticos, podremos construir los necesarios arquetipos que, convenientemente aplicados, permitirán dar a nuestras valoraciones de tales hechos sólidas y objetivas garantías. Todo lo que no sea proceder en la indicada forma, supondrá entregarse a la arbitrariedad más estéril, formulando aprobaciones o condenaciones puramente caprichosas de realidades cuya esencia nos es, en buena parte, desconocida. No juzgamos que la orientación propuesta sea de fácil, ni de cómodo cumplimiento, pero no es, cuando menos, irrealizable y resulta siempre de indiscutible necesidad para proceder con la debida solvencia científica. Porque, como más de una vez hemos tenido que advertir, las dificultades, más o menos superables, de una investigación, nunca deben ser aducidas como títulos que legitimen una conducta perezosamente abstencionista. Cuervo con toda precisión se da cuenta de los obstáculos conceptuales, no siempre, ni en todo momento superables, como acabamos de indicar, que es necesario enfrentar y vencer para definir un claro concepto de la lexicografía sintáctica. Y, sin embargo, insiste en la legitimidad y en la conveniencia de la ardua tarea cuando, al advertir la inevitable limitación de las labores realizadas por sus predecesores Garcés, Salvá y Bello, dice: "... y la insuficiencia de dichas fuentes es motivo bastante para la composición de una obra especial, en que se dé luz sobre las palabras que ofrecen alguna particularidad sintáctica, ya por las combinaciones a que se prestan, ya por los cambios de oficios o funciones gramaticales de que son susceptibles, ya por el papel que desempeñan en el enlace de los términos y sentencias" (*Proem. cit.*, pág. III). Y una clara conciencia, de sensibilidad hiperestesiada acerca de la trascendencia y dificultad de los trabajos lexicográficos, hizo al insigne maestro bogotano juzgar rigurosamente y hasta con severidad *d r a c o n i a n a* sus primeros ensayos en el indicado sector de la enciclopedia lingüística. Refiriéndose Cuervo a sus primeras tentativas lexicográficas en 1863, dice (*Proem. cit.*, pág. IV, n.): "En 1872 puso el autor mano en esta obra, y queriendo ensayar su plan con los materiales acopiados por él para la otra, vio que

eran del todo insuficientes, como que no se habían recogido con igual designio. Echó de ver por otra parte que la letra O, que él compuso y única que ha examinado después, no tenía el fundamento científico que requiere el estado actual de la lexicografía [estas palabras se publicaron el año 1886] y ha relegado aquel ensayo entre las *ignorantias iuventutis*".

De esas *ignorantias iuventutis* se creía a salvo el autor cuando, en el *Proemio* a que venimos refiriéndonos (pág. XII), afirma respecto a la semasiología estas tesis discutibles, pero siempre dignas de atenta consideración: "Toda palabra tiene una significación única, que, aplicada de diversas maneras, se modifica formando las varias acepciones; éstas, a su vez, cuando se hallan arraigadas en la lengua, admiten nuevas aplicaciones que alejándose del germen primitivo, se refieren a él como las ramas de un árbol al tronco que las sustenta. Buscar este valor originario y disponer según el orden de su generación los significados de cada palabra, de suerte que aparezcan informados por un concepto fundamental, es uno de los deberes más apremiantes del lexicógrafo, quien por lo mismo ha de consagrar particular atención al estudio de los principios por que se guía el entendimiento humano en la múltiple aplicación de los vocablos".

No creo que hoy podríamos asentir a todas las aseveraciones que acabamos de citar, pero no podremos desconocer el relativo aunque siempre considerable progreso que acusan en el ambiente científico de la época en que fueron formuladas y escritas. Sólo la necesidad ideal que tales asertos elocuentemente reflejan, basta y sobra para asegurarles imperecedera significación en la historia de la constitución de la lexicografía sintáctica como ciencia.

Mas por si todavía no bastaran los testimonios aducidos para fundamentar nuestra valoración de la posición científica de Cuervo en el campo de la lexicografía, medítese sobre el concepto verdaderamente austero y eficaz de ese insigne maestro acerca de lo que se ha denominado *ars nesciendi*, tan olvidada por quienes debían ser en muchas ocasiones sus más respetuosos corifeos. Cuervo dice a este respecto (*Proem. cit.*, pág. XVII): "Gravísimas y sobre ponderación son las dificultades de que está erizado este ramo de la lexicografía, y muy justo por lo

mismo el recelo de no dar siempre en lo cierto. Los tránsitos de una significación a otra son a veces resultado de gradaciones tan sutiles que se escapan a los ojos más agudos, y cuando no es perceptible la continuidad de las acepciones, pueden imaginarse combinaciones distintas que darían a un mismo artículo aspectos completamente diferentes. Cabe además el recelo de que el orden mismo que se establece acertadamente en una parte llegue a hacer que se vean los desaciertos, como una línea bien tirada acusa las sinuosidades de la que corre a su lado, y contribuir a que entendimientos sagaces ideen nuevas explicaciones. La tentativa es pues tanto más peligrosa, cuanto, dado el plan de esta obra, ha sido menos posible ejercitar el *ars nesciendi*; pero como quiera que sea, tiene que redundar en común provecho el que se remuevan puntos tan poco cultivados entre nosotros, si los errores han de provocar los ingenios a su esclarecimiento". Advierta, sin embargo, el lector que en el texto últimamente transcrito hay alguna vacilación en el pensamiento y en la expresión del maestro desde el inciso que comienza con las palabras "Cabe además el recelo"... hasta el final de la cita. "Sentir recelo" de que una construcción científica permita, por su contraste con otra, ver los defectos de esta última, o porque sirvan los advertidos yerros de precedente de nuevas y eficaces rectificaciones, no parece muy justificada conducta en la obra solidaria y penosa del alumbramiento de las verdades científicas. Obsérvese en abono de la precedente objeción que el propio maestro Cuervo termina reconociendo que "tiene que redundar en común provecho el que se remuevan puntos tan poco cultivados entre nosotros si los errores han de provocar los ingenios a su esclarecimiento".

Y, por otra parte, añadiremos a estas observaciones que la propia índole trascendental de la labor acometida por el maestro Cuervo con su *Diccionario de construcción y régimen*, plenamente autorizaba, contra lo que de modo expreso dicho docto indica, a hacer discreto, pero constante uso de la mencionada *ars nesciendi*. Cuando puede decirse que se abren nuevas rutas, o se frecuentan las poco transitadas previamente — y este era el caso de Cuervo al comenzar la publicación de su magno léxico — no se alcanza la posibilidad, ni se contrae, por ende, la

obligación de saber todo lo que interesa comunicar al lector, y así, las aseveraciones terminantes del sabio, al lado de sus prudentes justificadísimas reservas, forman el verdadero clima de una ciencia en formación. Y es sabido que todavía en los días que corren, los estudios de sintaxis histórico-comparativa no han alcanzado la madurez científica que de ellos podemos apetecer y esperar.

Mas muy poco significan estos levísimos reparos al lado de los aciertos que acabamos de registrar y, sobre todo, de los muy señalados que el autor acredita al referirse a los arduos temas semasiológicos. Reléase el pasaje citado en la página 254, del presente "ensayo", que comienza así: "Toda palabra tiene una significación única..." y termina con estos asertos: "...quien [e. d., el lexicógrafo] ha de consagrar particular atención al estudio de los principios por que se guía el entendimiento humano en la múltiple aplicación de los vocablos". Pasemos por alto, al comentar de nuevo esta reiterada cita, la discutible tesis de que toda palabra tiene una significación única, que parece negar la posibilidad de todo intento de polisemia primitiva, originaria, porque no es éste extremo que podemos dilucidar ahora con el debido detenimiento, mas adviértase, en cambio, el admirable rigor científico, de incuestionable y depurada solera doctrinal, que se acredita en la exigencia — ya formulada también por Autenrieth, con el testimonio de Reising, como advertimos en nuestro estudio titulado *Concepto de un diccionario de construcción y régimen*⁶ — de "disponer según el orden de su generación los significados de cada palabra". Claro es que para alcanzar esas altas finalidades lexicográficas, sobre todo y muy en particular por lo que respecta a la explicación científica de las construcciones contaminadas, no podremos atenernos, como nuestro mismo autor indica, a las "fórmulas diminutas de las gramáticas vulgares". "Esto — continúa diciendo Cuervo, vid. cit. *Introducción*, págs. xvi y xvii — hubiera sido grave objeción a nuestro método en la época en que, teniéndose por idénticas las leyes que rigen el

⁶ Vid. opúsculo cit. en not. anterior, págs. 483 - 484.

pensamiento y las que rigen el lenguaje, se colegía naturalmente que las categorías del uno han de ser las del otro. Por fortuna el estudio histórico de las lenguas ha hecho ver que al gramático, como tal, le es indiferente que los hechos que analiza sean o no ajustados a los moldes de la escuela: lo único que le cumple es poner en claro cómo y por dónde ha llegado a verificarse cada fenómeno, sin el compromiso de enderezar o forzar lo que no entra en el sistema convencional del análisis lógico... Tomando como base el sentido etimológico, se distribuyen las varias significaciones en grupos, de tal manera que en cada uno el sentido general o especial y el metafórico reciban luz del especial o general y del propio de que nacen. Las metáforas ocasionales, que no hacen sino representar el sentido propio con su misma extensión en otra esfera, van inmediatamente después de éste; y cuando las aplicaciones generales o especiales sólo se apartan ligeramente del primitivo, forman con el metafórico un solo grupo. Acepciones que se alejan algún tanto o sirven de núcleo a nuevas metáforas, generalizaciones o determinaciones, encabezan otro grupo”.

Ahora bien, si para la más razonable ordenación de las significaciones de los vocablos, es recomendable cuando no preciso tomar “como base el sentido etimológico” de aquéllos, la etimología desempeñará trascendental función en las labores lexicográficas en general y, muy particularmente, en las especiales de la lexicografía sintáctica. No debe, por tanto, extrañarnos que el maestro Cuervo consagre atención exquisita a los estudios etimológicos y hasta que depare a los encargados de etimologizar estos prudentes consejos: “El etimologista (vid. *Introd.* cit., pág. xxvii) ha de empezar por un estudio escrupulosísimo de la lengua que va a examinar, rastreando en todas las manifestaciones de su desenvolvimiento histórico los principios reguladores de los sonidos, las formas y la significación de las voces; ha de buscar el origen de éstas teniendo en cuenta la posición que ocupa la lengua entre sus cognadas y con respecto a las que pueden haberle suministrado sus elementos constitutivos o adventicios; y finalmente, para comprobar la continuidad de una voz con la fuente que se le atribuye, ha de conocer en las lenguas originarias las cir-

cunstances que en la época de transición hubieron de determinar la forma actual. Labor ardua sin duda...". Seguramente labor ardua y en la que han fracasado las más nobles y generosas iniciativas por explicables, pero siempre dolorosas faltas de circunspección científica.

Para evitar en lo posible esas tan frecuentes y explicables desviaciones, será de notoria conveniencia, cuando no de necesidad ineludible, formar un claro concepto de los fenómenos lingüísticos. No será lícito mantenerse en una orientación tan simplista como la del mecanicismo fonético y habrá que concebir las realidades idiomáticas con la serena objetividad que nuestro autor acredita cuando escribe (*Introd. cit.*, pág. xxiii): "Pero el lenguaje es cualidad del hombre; y siendo elemento a un mismo tiempo y producto de la sociabilidad humana, instrumento de una voluntad libre y de una razón inteligente, está expuesto a muy varias influencias, que ora apresuran, ora retardan o detienen los cambios de la parte que en él lleva carácter material, o introducen otros inesperados. No quiere decir esto que por no tener el investigador de los fenómenos de una lengua que habérselas con hechos puramente fisiológicos y fatales, haya de renunciar a averiguar el por qué de cuanto no se ajuste a ese concepto; antes el no hallar aquí aquellas leyes absolutas y simplicísimas que regulan el crecimiento de los cuerpos naturales o el movimiento de los astros, ha de ser estímulo para inquirir, como en todo lo que es objeto propio de investigación científica, la causalidad de los fenómenos que se ofrecen a nuestra observación con el fin de llegar a resultados satisfactorios".

Cuervo podía formular todas las fundamentales aseveraciones que acabamos de transcribir porque con una visión positivamente genial acerca del valor de las más autorizadas representaciones de la escuela de sus contemporáneos los *neogramáticos*, alcanza a captar, dando pruebas de extraordinaria delicadeza especulativa, todo el trascendental sentido de las capitales objeciones contra la indicada tendencia doctrinal propuestas por su ilustre amigo Schuchardt. Terminantemente nos dice nuestro autor (*Introd. cit.*, pág. xxiii, nota 1): "De pocos años a esta parte se ha formado en Alemania la escuela

de los *neogramáticos*, que sientan como base la inflexibilidad de las leyes fonéticas, y como consecuencia dan grande importancia a los procedimientos psicológicos de la asociación y analogía, conocidos y aplicados desde mucho antes. Fácilmente se alcanza que este método ha hallado no poca contradicción; pero, extremado como aparece, en cierto modo es efecto del mismo rigor científico que ha ido resultando de los progresos de la lingüística. Schleicher y Curtius fueron más estrictos que Bopp y Benfey; no es pues extraño que Osthoff y Brugmann pretendan seguir un método de investigación absolutamente preciso. Entre los varios escritos en pro y en contra que sobre este punto hemos tenido a la vista, nos hemos aprovechado especialmente del que con el título *Ueber die Lautgesetze. Gegen die Junggrammatiker* ha publicado en diciembre de 1885 el Dr. Hugo Schuchardt, y que como todas las obras de su autor se recomienda por su claridad y precisión científica". Esta última cita es un testimonio más que puede adicionarse a los ya propuestos en mi estudio acerca de la *Formación general lingüística del maestro Cuervo* para comprobar amplia y cumplidamente el cordial interés que en el insigne lingüista y filólogo bogotano suscitaron siempre las más trascendentales cuestiones debatidas en el campo de la lingüística general y filosófica.

Pero lo dicho no supone que la labor del citado insigne maestro colombiano se vea siempre libre de algunas ligeras, ligerísimas inexactitudes, que mencionaremos a título de *specimina* de la apreciación que acabamos de sentar y que pudiera parecer temeraria y audacísima a quienes piensan o, cuando menos, quieren hacer creer que *Cuervo* no se equivocó nunca. Prueba o pruebas al canto. El maestro Cuervo escribe en la *Introd.* (pág. xv) que estamos examinando: "Covarrubias nos dice que 'Apelar el enfermo es haberse escapado de la muerte a que estuvo condenado por los médicos, desahuciándole de la vida'; ahora bien, en el Ordenamiento de Alcalá (*Cortes de León y Castilla*, I. 508) se lee *apeldación* por *apelación*, convirtiéndose las *ll* de *appellare* en *ld*, como en *apelde*, cierto toque de campana (cp. *cella* = *celda*, *rebellis* = *rebelde*); donde vemos que el verbo antiguo *apeldar*, escapar, huir, no es otra cosa que el metafórico *apelar*". Mas nótese la inexactitud del

último aserto. Sabido es que ordinariamente las consonantes interiores dobles *LL* y *NN*, se palatalizan en *ll* y *ñ*, y no se transforman por lo común en *-ld-* o *-nd-*: bellu *bello*, caballu *caballo*, canna *caña*, pannu *pañó*. Ni siquiera en las derivaciones cultas de esos grupos se comprueba la tesis que rectificamos de Cuervo, porque en tales derivaciones se obtiene de *-ll-*, *-nn-*, o *-l-*, *-n-*, o *-nn-*: *colegio*, *colega*, *bula* (pero pop. *bolla*), *anales* (pero pop. *añal*), *connivencia*, *innovar*, etc. Tan solo en las voces semi-cultas, hallamos alguna vez de modo excepcional *péndola* (frente al pop. *péñola*), *bulda* (mas pop. *bolla*, culto *bula*), *celda*, *rebelde*, etc., etc. Como enuncia su tesis Cuervo, pudiera interpretarse que el normal tratamiento de *-ll-*, *-nn-*, no es otro que el de *-ld-* o *-nd-*, concepto bien alejado de las realidades fonéticas del romance castellano.

Pero hay una segunda parte no menos curiosa que la que acabamos de mencionar. La *-ld-* de *apeldar*, no procede de la geminada *-ll-* de *apellare*, sino que tal grupo es romance, con primera consonante continua y con la segunda ya evolucionada como intervocálica antes de formarse semejante agrupación. Cfr. amites *andas*, sancti Emeteri ant. *Santemder*, mod. *Santander*, anhelitu *aneldo*, comite ant. *comde*, mod. *conde*, domitu *duendo*, dies dominicus *domingo*, delicatus *delgado*, famelicu *jamelgo*, appellito *apeldo*, appellitare *apeldar*, etc., etc. Mas el carácter semi-culto de este último término, se comprueba por su contraste con la formación vulgar *apellidar*, obtenida del mismo vocablo latino mencionado *appellitare*. Aparte de la exactitud no discutida hoy de todas las tesis fonéticas últimamente expuestas, cabe mediatamente comprobarlas notando que el *Diccionario de autoridades* no refiere *apeldar* a *apelar*, y se limita a explicar aquel término con estas palabras: "APELDAR. v. n. Escapar, o huir con diligencia y como escondido, para no ser detenido, o presso". La edición 16^a del Diccionario de la misma Academia Española (v. pág. 99), terminantemente sienta estas aseveraciones: "APELDAR. (Del lat. *appellitäre*, llamar) intr. Escapar, huir. Usase ordinariamente con el pronom. *las*. // 2. r. *Sal*. juntarse, reunirse. — APELDE. (De *apeldar*.) m. En los conventos de la orden de San Francisco, toque de campana antes de amanecer. // 2. fam.

Acción de apeldar”⁷. Y en *Vox, Diccionario general ilustrado de la lengua española. Prólogo de D. Ramón Menéndez Pidal. Revisión de D. Samuel Gili Gaya* (Publicaciones y Ediciones Spes, S. A., Barcelona, 1945) leemos a la pág. 111 estas aseveraciones: “APELDAR O APELDARLAS (V. APELLIDAR) . . . APELLIDAR (I. *appellitare*) . . . Etim. doble: *apeldar*”. La rectificación que hemos propuesto en este apartado de nuestra exposición, tiene todas las necesarias comprobaciones para ser admitida sin vacilación alguna justificada. Además no holgará advertir que *appellitare* es voz registrada por léxicos tan autorizados como los de Forcellini y Georges, así como por el propio *Thesaurus linguae latinae*. Este último repertorio presenta *appellitare* prestigiado con citas de Paul. Fest., Tac., Gell., Apul., Macr. y Ps. Apul. Pero todavía hay más. Después de presentar varias isoglosas de formas que se corresponden en lat., fr., prov., cat., cast. y vál., dice nuestro autor (*Introd. cit.*, págs. xxii-xxiii): “Vese pues cómo cada lengua es consiguiente consigo misma en el manejo de *cada letra o grupo de letras* [subrayo yo, no el texto transcrito], y cómo, comparados los vocablos genuinos de un idioma con sus orígenes, es posible deducir las leyes que rigen estas transformaciones, y que son la base de toda prudente investigación etimológica”. Y nos permitimos objetar a ese texto que en él se comete el más de una vez reprobado yerro de confundir, o de identificar con el fonema su representación gráfica, la “letra” o “grupos de letras”, incurriendo en una inexactitud de tecnicismo y de concepto que aunque tenga precedentes en el propio J. Grimm, no ha alcanzado, ni es de esperar que obtenga nunca justificación, ni unánime asentimiento. Y de la distancia que media entre el fonema y su varia, imprecisa y multiforme representación gráfica, nada diremos después de las luminosas exposiciones de Saussure y de su escuela en este punto. Precisamente hay que acostumbrarse a prescindir de los andadores de la *letra* para penetrar en la esencia de los sonidos lingüísticos articulados que llamamos *fonemas*, por lo que parece reprobable conducta insistir en una práctica viciosa de

⁷ Cuando revisamos estas “notas” ha aparecido la 17.^a edición (a. 1947) del Diccionario de la Academia Española, mas en edición principalmente estereotípica de la anterior.

confusión que ya se intentaba rectificar en la misma época en que vivió Cuervo.

Concede además este maestro indebida subestimación al elemento griego en el léxico del romance, pues dice terminantemente (*Introd. cit.*, pág. xix): “La importancia del elemento griego, si se saca lo que nos vino por el canal del latín, es muy escasa y en ocasiones no poco dudosa; basta pasar los ojos por las voces a que desde Valdés (*Mayans*, 21) y Aldrete (*Orig.* 3. 1, pág. 270) se ha atribuído este origen, para convencerse de que tales etimologías son las más veces sospechosas”. Mas a la discutible y hoy muy discutida subestimación reflejada en los asertos transcritos, podremos oponer estas observaciones, más objetivas y precisas, del maestro Menéndez Pidal, quien en su *Gramática histórica española*, sexta edición, pág. 17, advierte: “Las voces de origen griego son de muy diferentes épocas: ora proceden del primer contacto de los romanos con los griegos de la Magna Grecia y de las otras colonias griegas del Mediterráneo, ora del posterior influjo del helenismo sobre la cultura latina, ora de la dominación bizantina en España hasta Suíntila (624), y del comercio medioeval del Occidente con el Oriente del Mediterráneo”. El mismo maestro últimamente citado advierte influjos del griego medio en el vocabulario de nuestro romance, al que también llegaron palabras griegas por el intermedio del árabe. No hay que decir que una influencia léxica y cultural ejercida en tan distintas épocas y de tan diversas maneras, no es acreedora a la desdeñosa valoración aquí impugnada.

Pero por si todavía necesitara este extremo de nuestra rectificación más autorizados testimonios que el último invocado, remitimos al lector al fundamental estudio del insigne helenista R. P. Félix Restrepo rotulado *La cultura popular griega a través de la lengua castellana y otros discursos* (Ediciones de la *Revista Javeriana*, Bogotá). Como “botón de muestra”, citamos de la pág. 29 del discurso mencionado (*La cultura griega*, etc.) estas curiosas líneas: “Los banqueros en Grecia se llamaban *τραπεζίται* de *τράπεζα*, mesa; las trapacerías de hoy

nos están diciendo que no siempre gozaban de muy buena fama”⁸.

Como el propio Cuervo reconoce que no fue feliz su sugestiva conjetura para dilucidar la difícil etimología del vocablo *golondrina*, así el insigne maestro bogotano sinceramente declara (*Introd. cit.*, pág. xx, nota 1): “A estos ejemplos... agregaremos otro en que tenemos parte: nos habíamos figurado que la *g* de *golondrina* pudiera indicar la confusión de una voz céltica (cámbr. *gwennol*) con las romances *andorina*, *andolina*, etc.; pero consultado nuestro amigo el doctor Schuchardt, nos hizo ver que en celta antiguo tal palabra tendría *v* y no *g*: *gwennol*, en ant. irl. *fannall*, presupone *v*, como *gwyn*, blanco, en ant. irl. *finn*, *find* y en ant. celta *vind-* (*Vindobona*)”.

⁸ Sin embargo y a pesar de la indudable verosimilitud de los precedentes asertos, en la monografía (de que se hace especial y particularizada mención en la nota n^o 10) de AMADO ALONSO, *Correspondencias árabe - españolas* (pág. 36), leo estas referencias, que no creo debo silenciar: “calumnia, *tapaçon*” (esp. *trapaçon*, *trapaça*, *trapaçero*, fr. *trappe*). En esta indicación se prescinde, pues, de toda probable filiación griega del término *trapaçero*, indudablemente emparentado con el vocablo *trapacería*. Advuértase de todos modos, sin que pretendamos resolver de plano esta dificultad, que el fr. *trappe*, notoriamente relacionado con el verbo *attraper* y con el sustantivo verbal *attrape*, puede ser comparado con los vocablos esp. *trampa*, *atrapar* y *atrapar*, ital. *trappa*, *trappola*, *attrappare* y *trappolare* y prov. * *trapa*, precedente del verbo *atrapar*. Todas estas formas léxicas son perfectamente comparables con el alemán. *trappa*, tanto en su aspecto fonético, como en su valor semasiológico. Sabido es que los términos que acabamos de mencionar expresan, respectivamente, los conceptos nominales y verbales de “redes, lazos”, “coger en redes, o lazos”, “engañar”. Mas si las isoglosas propuestas no pueden suscitar la más liviana duda, no ocurrirá lo mismo cuando queramos relacionar — fonética y semasiológicamente, cuando menos — *tapaçon* o *trapaçon*, *trapaça* y *trapaçero*, de una parte, y *trappe*, de otra. Salta a la vista que semejante asimilación sería, más que improbable, reprobable. En cambio, *trapacete*, *trapaza*, *trapacería*, *trapaçero*, *trapacista*, *trapacear* y *trapazar*, son palabras claramente relacionadas por sus formaciones y sentidos propios, de las que destacaremos las dos siguientes: *Trapacete* (< del lat. *trapezita*, “banquero”, y éste (*t.*) del gr. *τραπέζιτης*), m., “libro en que el comerciante o el banquero sienta las partidas que da a cambio o logro, o las de los géneros que vende” — y — *trapaza* (< de *trapacete*) f., “artificio engañoso e ilícito con que se perjudica y defrauda a una persona en alguna compra, venta o cambio; fraude, engaño” (*Dicc. de la Ac. Esp.*, penúlt. edición, pág. 1241). Y si *trapacete* ha podido quedar recortado, mutilado en su forma, y envilecido, o, cuando menos, subestimado en su sentido ordinario con la forma *trapaza*, ésta, a su vez, ha servido de precedente y de base a los términos *trapaçero*, *trapacería* y *trapacear* o *trapazar*. Estas modestas glosas permiten seguir dando a las agudas observaciones del R. P. Félix Restrepo, registradas en el texto, todo el muy verosímil valor que en justicia estricta les corresponde.

También hoy podremos decir que el cámb. *gwennol* nada resuelve en nuestro caso y que todavía la conjetura más verosímil halla sus cimientos en estas aseveraciones de Körting (*L-r. W.*, col. 463, núm. 4579): "hirundo, -inem f. (*hirundo*, non *harundo* App. Probi 165), Schwalbe; ital. *rondine*; sard. *rundine*; (rum. *rînduneă*? Ch. hat nur *rînduné*); prov. *ironda*; altfrz. *aronde*; (cat. **ironeta*?, *oroneta*, *oreneta*); span. *golondrina*, wohl von *golondro* (von *gula* abzuleiten⁹), Lust, Begierde, es wäre dann die Schwalbe als fresslustiger oder begattungslustiger Vogel aufgefasst worden, indessen hat Cornu, R. XIII 302, doch sehr scharfsinnig die Verwandtschaft zwischen *golondrina* u. *hirundinem* verteidigt; Parodi, R XXVII 238, vermutet, dass *golondrina* viell. aus **golondina* entstanden sei und dies aus **volandina*, vgl. *vulandrina* in Montferrat; ptg. *andorinha*". [Meyer-Lübke (*R. e. W.*, págs. 305-306) postula para explicar la forma española *golondrina*, **hiründula + gula*]⁹. Como las fuentes citadas eran conocidas y, por tanto,

⁹ La gutural inicial del vocablo *golondrina*, ha suscitado recientemente muy sugestivas aclaraciones, entre las que destacamos la que a continuación transcribimos, utilizando una referencia debida a la gentileza de nuestro compañero de Instituto D. Fernando Martínez. En el *Boletín del Instituto de Filología de la Universidad de Chile*, tomo IV, 1944-46, Prensas de la Universidad de Chile, 1946, págs. 79-82 y en el artículo titulado *Dos problemas de etimología hispánica (g)avión y (g)olondrina* por YAKOV MALKIEL, leemos estas interesantes indicaciones sobre "la chocante agregación de la consonante inicial a una base iberorrománica *alondra*, **olondra*, explicable como cruce de *hirundo*, -inis 'golondrina' y *alauda*, -ae (tal vez el diminutivo **alaudula* 'alondra)': "... me parece acertada la idea de Terracini de plantear el problema de una atracción semántica. Lo que hace falta ahora es relacionar *alondra*, **olondra* (y el port. *andorinha* 'golondrina', el que se explicará como un caso de anaptixis, lo mismo que el gall. *amoregar* < **amorgar* < *mordicäre*, según García de Diego) con un grupo de palabras patrimoniales, de gran arraigo en los dialectos peninsulares, el cual haya podido ejercer una influencia bastante poderosa para transformar dicha base preliteraria en *golondrina*. Ahora bien, hace más de un cuarto de siglo, M. Pidal, en una de sus magistrales *Notas para el léxico románico*, identificó el antiguo *gavión*, port. *gavião* 'especie de golondrina' con *avión*, nombre del 'vencejo' (*RFE*, VII, 30). M. Pidal definió *avión* como variante de *gavión* (< lat. *gāvia*, ae 'gaviota') que ha sufrido el influjo de *avis* 'pájaro, ave'. Sea como fuere, es innegable que en el territorio de España se han cruzado las órbitas de las dos voces, una en *ga-* y otra en *a-*. En cuanto a la forma *gayón* que ocurre en el *Libro de Alexandre*, pág. 2115 ... no estoy seguro si debemos explicarla como contaminada con *gayo*, según la opinión de M. Pidal, o como mera variante fonética de *gavión*: téngase en cuenta que *obviare* produjo *uviar* al lado de *uyar*, frente al castellano *agobiado* (de **gubbeus*) pone García de Diego, el santanderino *ayun*" (*Opusc. cit.*, págs. 79-80). La última cita aducida del señor GARCÍA DE DIEGO, puede ser evacuada

asequibles a nuestro autor, nos extraña que éste omita toda mención de las probables y autorizadas conjeturas sostenidas en el caso por Cornu y Parodi, para entregarse a otra menos fundada y verosímil¹⁰. Mas en este extremo se nos podrá reargüir que

en la obra de dicho docto así rotulada: *Contribución al diccionario hispánico etimológico* (*Revista de Filología Española*, Anejo II, Madrid, 1943, págs. 92-93).

¹⁰ Nada resuelve respecto a la incierta etimología de *golondrina* a que nos referimos en el texto, otra denominación de esa ave, que cita AMADO ALONSO en su magistral estudio titulado *Las correspondencias arábigo-españolas en los sistemas de sibilantes* (*Revista de Filología Hispánica*, año VIII, enero-junio 1946, núms. 1-2, págs. 12-76). De esa fundamental monografía recogemos estas dos no muy congruentes referencias (pág. 31, n. 3): "...con *ʃim* = *ç*... *ʃelidonia* ('golondrina', como nombre romí usado en España, Ben Albaytar)..." — y — (pág. 42): "El malagueño Ben Albaytar: "...*ʃelidonia* 'golondrinera' como nombre usado en España". Advierto que la segunda cita registrada aquí se refiere a *j, g* procedentes de otros orígenes distintos de los ordinarios, y en ese respecto es congruente con la primera. Pero nos extraña que el mismo autor (Ben Albaytar) mencione también la misma palabra (*ʃelidonia*) con dos significaciones tan diversas como las señaladas, sin ofrecer del singular caso aclaración suficiente. Sospechamos que la primera acepción de referencia, no fue basada en la etimología mejor conocida del término en cuestión, sino en preocupaciones populares de las que hace mención precisa el *Diccionario de la Academia Española* (penúltima edición, págs. 646 y 280) en los siguientes términos: "GOLONDRINERA f. Celidonia... *Celidonia*. (Del lat. *chelidonia* y éste del gr. *χελιδόνιον*, d. de *χελιδών*, golondrina, porque vulgarmente se cree que esta ave se sirve de la celidonia para dar vista a sus polluelos). Hierba de la familia de las papaveráceas, con tallo ramoso de unos cinco decímetros de altura, hojas verdes por encima y amarillentas por el envés, flores en umbela pequeñas y amarillas, y por frutos vainas capsulares y muy delgadas". Y me permito aquí adicionar a las precedentes indicaciones algunos testimonios de textos de autores de la antigüedad acerca de las significaciones varias del vocablo latino *chelidonia*, considerado como designación de una determinada piedra preciosa, o de cierta hierba de excepcionales cualidades terapéuticas. Gemma: *Isid. orig.* 16, 9, 6 *chelidonia* ex *hirundinum* colore vocata. Herba: *Isid. orig.* 17, 9, 36 *chelidonia* ideo dicitur... quod adventu *hirundinum* videtur erumpere. *Ps. Apul. herb.* 73 nomen *chelidoniae* sumpsit ex hoc, quod eo tempore semper florescit, quo *hirundines* praesto sunt... velut quidam memorant, quod nidis suis eandem *hirundines* ferant ob acuosos succedentium visus. *Plin. nat.* 8, 98 *chelidonia* visui saluberrimam *hirundines* monstravere vexatis pullorum oculis illa medentes. 15, 71 novissima sub hieme maturatur *chelidonia*. 25, 142 *chelidonia*... *vitiis oculorum* medetur. 25, 170 *chelidoniae* radix ex aceto trita. 26, 24 medetur strumis... *chelidonia* cum < melle > et axungia. 26, 141 suppuraciones, collectiones, sinus ulcerum *chelidonia* quoque siccantur. 26, 152 *immo* et *chelidonia* imponitur. *Tert. paenit.* 12 *hirundo*, si excaverit pullos, novit illos oculare rursus de sua *chelidonia*. *Theod. Prisc. eup. Jaen.* 38 *chelidoniae* succus... suffusiones liberavit. *Veg. mulom.* 2, 16, 2 (*de suffusione oculorum*), herbam *chelidonia*... decoques. *Marcell. med.* 4, 50 herba *chelidonia* contrita... ulcera purgat. 8, 44 *chelidonia* herba in *hirundinum* stercore nascitur. 8, 106. 111 *suctivo chelidoniae* et mel optimum permisce. Registran además los léxicos el substantivo neutro *chelidonium* con el sentido de "colirio". *Plin. nat.* 25, 90 in collyriis

donde no se ha llegado al descubrimiento de la verdad cierta, todas las hipótesis, en algún respecto razonables, tienen alguna legitimidad también para dar señales de vida. Ahora bien, eso no ocurre en aseveraciones tan terminantes y tan fundamentalmente inexactas como las que transcribimos a continuación: dice el maestro Cuervo (*Introd. cit.*, pág. xxvii): “De igual manera, la semejanza de *arrebatar* con *arreptare*, *rapere* ha tapado los ojos para que no se vean las dificultades fonéticas que ofrece tal derivación, que el uso antiguo castellano contradice dejando entrever que nuestro verbo sale de *rebate*, *rebato*, compuestos de *batir*, lo mismo *embate*, *combate*”. Mas a la última gratuita atribución que acabamos de registrar basta oponer que desde el año 1928 consta por la docta monografía de D. J. Oliver Asín, titulada *Origen árabe de rebato...*, que este término, en cualquiera de sus variantes (lo mismo en la última indicada que en la de *rebate*) nada tiene que ver con *batir*, *embate* y *combate*. D. R. Menéndez Pidal en la primera edición de su *Cantar de Mio Cid, texto, gramática y vocabulario* (Mad. 1908) todavía explicaba *rebata* como postverbal de *rebatir*. Mas en la edición de esa producción magistral de la colección de obras completas, nuestro autor corrigió el mencionado erróneo aserto, y en el tomo V de tal colección (*Cantar de Mio Cid*, vol. III, Espasa-Calpe, S. A., 1946, pág. 1220) escribió: “rebata... El *Cantar* usa *ar[r]ebata* y *rebata*, como el *Fernán González* y Juan Ruiz; otros textos medievales dicen “rebate”; pero lo más común es “rebato”; las tres terminaciones son imitación de las que pueden tomar los postverbales: *alcanço*, *alcança*, *alcançe*... “galopo, galope”, etc. (*Manual de gramática histórica*, § 83”). Del árabe *ribat*, *arribat* ‘fortaleza fronteriza’, ‘ataque repentino que hacen los moros y, a su imitación, los cristianos’. Véase J. Oliver Asín, *Origen árabe de Rebato, Arroba y sus homónimos*, en el *Boletín de la Acad. Esp.*, XV, 1928, págs. 356 y sigs.”

Tampoco es lícito poner en un solo grupo, a título de va-

quae chelidonia appellantur ab ea (*chelidonia herba*). Corp. XII, 5691, 4 C. Duronii Cleti chelido<nium> ad cal<iginem>. 100, 21, 6 albuci chelid. ad calig.<et> gen<arum> scabr<itias>. 100, 21, 31 Sabiniani cheledon. ad cla<ritutem>.

riantes eruditas, populares o extranjeras, las formas *círculo*, *cercho* y *cejo*, como hace nuestro autor cuando escribe (*Introd. cit.*, pág. xxvi): "...grupos de formas divergentes en que aparecen juntas la erudita, la popular o la dialéctica y a veces la extranjera. Ejemplos: ... *circulus*: *círculo*, *cercho*, *cejo*". El tránsito fonético de *circulu* a *cercha*, *cercho* es perfectamente explicable, mas no el de cualquiera de esas formas a *cejo*. *Cejo* proviene de *cilium*, como de *cilia* hemos obtenido *ceja*.

Y no ocurre nada distinto cuando, combatiendo Cuervo falsas valoraciones de la lengua sánscrita, incurre en yerros parciales merecedores de precisa rectificación. En el texto que aquí transcribimos (*Introd. cit.*, págs. xx-xxi) afirma nuestro autor: "Perfectamente se explica que *vedas*, *nirvana* nos hayan venido de la lengua clásica de la India, pues el estudio de su literatura y filosofía da ocasión a que se mencionen aquellos objetos; igualmente si decimos que *camelar*, *hampa* proceden de lenguas de la India, nada tiene de extraño, como que ahí están los gitanos por cuyo conducto pueden habernos llegado; pero si pretendemos que voces tan genuinas del romance y anteriores a la aparición de aquella raza en Europa, como *ligero*, *andar* nos vienen del sánscrito, o imaginamos que *perro* se deriva del zend, haremos una suposición puramente gratuita, porque no cabe pensar en una transmisión directa; ni tampoco en que nos hayan llegado mediando las demás lenguas indoeuropeas, porque en las que pudieran haberlas suministrado, ya tienen las voces comparadas (*gam*, *laghu*, *vehrka*) sus correspondientes en *formas del todo diversas* [subrayo yo, no el texto que transcribo] (*venio*, *levis*, *lupus*, etc.)". De toda esta larga cita, puede recoger y utilizar el lector de nuestros días cardinales asertos, que consienten referir la importancia de la lengua sánscrita a los razonables términos en los que es hoy dicho idioma utilizado en los estudios de gramática comparada de las lenguas indoeuropeas. Sin duda que el sánscrito no es padre del griego y del latín, pero sí un hermano muy calificado de las dos lenguas clásicas. Mas las últimas líneas del pasaje que estamos glosando acusan, en cambio, inexactitudes de *hecho* y de *concepto*, que merecen ser con el debido esmero subrayadas. En el inciso que comienza en dicho

texto con las palabras: *ni tampoco* ... y termina con estas otras: *lupus*, etc.) se acreditan dos yerros de cierta entidad. En primer término, *vehrka* no es forma sánscrita, ni lo ha sido nunca, y lo que se ha querido escribir, pero no se ha escrito, con esa errónea grafía es *vṛka*, transcripción exacta del vocablo correspondiente notado con caracteres del *devanāgarī*: वृक. Pero en segundo lugar se dice (en la parte del texto que impugnamos): "... porque en las que pudieran haberlas suministrado ya tienen las voces comparadas (*gam*, *laghu*, *vehrka*) sus correspondientes en formas del todo diversas (*venio*, *levis*, *lupus*", etc.), estableciendo así una total diversidad entre *gam*, *laghu* y *vṛka*, de una parte, y *venio*, *levis* y *lupus* de la otra, mas esa tan sólo aparente total diversidad, responde al peculiar tratamiento en cada una de las dos lenguas comparadas, de las labio-velares primitivas comunes, como resulta de la diáfana y elemental exposición de Buck¹¹. No holgaría advertir, por tanto, que esa tan sólo superficial diferencia, arranca de un fondo común, y a él originariamente se refiere, no degenerando en total diversidad y sí evolucionando en variedad articulada y condicionada en un común supuesto básico. Como tampoco hubiera holgado notar que la comparación entre *gam*, *laghu* y *vṛka*, de un lado, y *venio*, *levis* y *lupus*, de otro, implica citar "bases radicales y temáticas" respecto a los términos sánscritos, y "vocablos completos" por lo que concierne a sus correspondientes términos latinos. La comparación así establecida no se ofrece, sin duda, en los límites de necesaria objetividad y de riguroso valor científico apetecibles en este orden de consideraciones.

Y otras rectificaciones de más importancia que las que acabamos de registrar, nos hemos visto obligados a hacer comen-

¹¹ Vid. la obra titulada *Comparative grammar of Greek and Latin* by CARL DARLING BUCK. The University of Chicago Press, Chicago, Illinois [1942], págs. 128-129. No necesitaremos advertir que las oclusivas labio-velares fueron ya examinadas con todo detenimiento por K. BRUGMANN. Vid. de este autor la conocida producción titulada *Abrégé de grammaire comparée des langues indo-européennes d'après le Précis de grammaire comparée de K. BRUGMANN et B. DELBRÜCK. Traduit par J. BLOCH, A. CUNY et A. ERNOUT sous la direction de A. MEILLET et R. GAUTHIOT* (Paris, Klincksieck, 1905), págs. 174-184.

tando estudios del insigne lingüista bogotano en nuestras monografías rotuladas *Notas para una posible adición a un texto del maestro Cuervo* (*Educación*, 2-3, 1941, septbre. dicbre.) y *Glosa a un texto dudoso del maestro Cuervo*, *Notas de lectura* (*Boletín de la Academia Argentina de Letras*, núm. 55, abril-junio, 1946, págs. 193-201). Pero no necesitaré decir que no doy, ni puedo dar a la modestísima labor de referencia más que la significación restringidísima que legítimamente le corresponde. Mi cordial, sentida y efusiva admiración por el insigne maestro D. Rufino J. Cuervo, queda enraizada y acendrada con esas muy humildes y sinceras rectificaciones, en las que intento rendir el tributo de mi honda devoción al sabio bogotano, procurando seguir su ejemplo, dentro de los estrechos límites de mi capacidad personal. He creído y sigo creyendo que en el caso de referencia, una exaltación fetichista e irrazonable, puede y debe ser substituída por una admiración tan honda, como objetiva y razonada. Y así, en las parciales y esporádicas fallas de la ingente labor del maestro, me ha sido posible destacar cada día con más relieve los considerables y numerosos aciertos de semejante creación. Creación que tiene hasta la ventaja de transformarse en eficaz estímulo de nuevas inquietudes y de nuevas tareas de abnegada investigación científica.

En esta etapa final de mi ya larga existencia, he hallado, pues, en la lexicografía del maestro Cuervo, inolvidables enseñanzas y necesarios acicates para continuar en la brecha, donde siempre habrá labor que cumplir y dudas que atenuar o disipar. Afortunadamente, como ya he tenido que reconocer en otra ocasión, los grandes maestros no lo hicieron todo, y nos han dejado a los humildes continuadores modesta mies que recoger y que entrojar.

Porque creo haber puesto en la interpretación de la labor lexicográfica de Cuervo algún sentido anhelo de acertar, he podido dar a algunos testimonios, que a mí han llegado de semejante tarea, la estimación debida. Uno de estos testimonios, debido al hispanófilo A. Morel-Fatio en carta dirigida a D. Rufino y fechada en París el 4 de octubre de 1883, se halla concebido en los términos siguientes: "El "specimen" del

“Diccionario” me parece muestra de una obra acabada, que llenará un vacío en la lexicografía castellana. La parte tipográfica también satisface, aunque algunas ligeras modificaciones podrían tal vez hacerse”¹². Y del mismo año y mes de la citada carta, he leído otra del ilustre crítico hispano D. Leopoldo Alas (*Clarín*) dirigida a D. Rufino J. Cuervo, donde ya se habla no del “specimen” de Diccionario, mas del propio famoso *Diccionario de construcción y régimen* con estas palabras: “La recomendación que de su *Diccionario* y de los méritos literarios de V. me hace nuestro común amigo Mr. B. de Tannenberg, bastaría para obligarme a poner cuanto esté de mi parte para la propaganda de su importantísima obra; después de recibido el primer cuaderno de ella y la atenta carta de Ud., aun me creo más ligado a este deber, y no dude que procuraré, en lo poco que pueda, dar a conocer, para que se estime como merece, la difícil y meritoria empresa por Ud. acometida... le ofrezco tomar con calor verdadero la propaganda de su *Diccionario*. Cuando haya leído despacio la actual entrega (que le agradezco) también daré a Ud. mi franca y leal opinión; pero, desde luego, le advierto que vale ésta muy poco, por razones que también le presentaré en su día. Por el prospecto que acompaña y por algo que he leído del cuaderno aquí y allá, se me figura que se trata de una obra verdaderamente notable y de utilidad y dificultad notorias”¹³. Conocí personalmente al insigne ‘Clarín’ y tengo una alta idea de tan famoso escritor, cuya acuidad de visión crítica ha quedado plenamente comprobada en nuestro caso. Cuando el *Diccionario de construcción y régimen* presentaba las primeras e incompletas pruebas de su existencia, cuando era una promesa más que una venturosa y cuajada realidad, pudo suscitar la atención alerta de espíritus esclarecidos. Nada extrañará que veamos hoy en el ingente torso de ese tesoro lexicográfico un sagrado patrimonio y un sólido cimiento de la cultura lingüística moderna y contemporánea.

¹² Vid. Rufino J. Cuervo: *Cartas de su archivo*, vol. II (Bogotá, Imp. Instituto Gráfico Ltda., 1942), pág. 208.

¹³ *Op. cit.* en not. anterior, pág. 209.

Hasta aquí alcanzan mis experiencias lexicográficas, a las que me permitiré adicionar unas sobrias "notas", recogidas al revisar las que integran este modesto "ensayo". Del estado en que ha llegado a nosotros la herencia lexicográfica del maestro Cuervo y de algunos proyectos forjados para continuar esa labor, he tenido ya ocasión de tratar en mi trabajo titulado *De re lexicographica. Notas y comentarios* (*Boletín de la Academia Argentina de Letras*, núm. 52, julio-septiembre 1945, págs. 491-503). A esas sobrias indicaciones puedo referir en este lugar al lector, evitando así monótonas e innecesarias insistencias. Pero me es, en cambio, muy grato notar circunstanciadamente que el último trabajo de lexicografía española que he podido, hasta el momento de trazar estas líneas, ver, aparece orientado en las direcciones que hemos intentado señalar y defender en el presente "ensayo". Me refiero a la obra, ya antes citada, que lleva la portada siguiente: *Vox. Diccionario general ilustrado de la lengua española*. Prólogo de D. Ramón Menéndez Pidal. Revisión de D. Samuel Gili Gaya... Barcelona, 1945. El prólogo citado del maestro M. Pidal es tan sobrio, como jugoso y denso; es, en suma, digno de la merecida fama de su ilustre autor.

En tal proemio se parte de la obligada distinción entre los diccionarios de la lengua escrita y los diccionarios de la lengua hablada, y M. Pidal manifiesta sus preferencias por el léxico *t o t a l*, frente al léxico *t e s o r o*, con estas juiciosas observaciones (*Pról. cit.*, pág. xiv): "...no un léxico *tesoro*, sino un léxico *total*, menos ambicioso de pureza normativa, más afañado en el acopio de todos los bienes, sean ricos, sean de escaso valor... Pero ¿quién puede distinguir en el momento actual lo que es efímero de lo que se afianzará en el idioma?... En conclusión, todo lo que literariamente se escribe, como no sea una aberración puramente individual y extravagante, todo lo que se habla por una agrupación de la sociedad no totalmente inculta, debiera ser recogido en el diccionario, ora proceda del momento actual, ora venga de tiempos pasados". No encareceremos nunca bastante la generosa y fundada amplitud que reflejan las aseveraciones últimamente transcritas, en las que hallamos nobles y eficaces repulsas de trasno-

chados y superficiales purismos¹⁴. También el insigne filólogo español cuyas doctrinas lexicológicas estamos exponiendo, agudamente advierte la necesidad de combatir el neologismo por ignorancia, cuando afirma (*Pról.* cit., pág. xvii): “Lo que más tiene que ayudar a combatir el Diccionario es el neologismo por ignorancia, frecuentísimo en autores sin instrucción del pasado, que caen en la infantilidad, como la niña de que habla Campoamor:

¹⁴ El reconocimiento del incuestionable interés lingüístico que suscita la lengua viva hablada, se halla también expresado en este texto del léxico de MURET-SANDERS (*Enzyklopädisches englisch-deutsches und deutsch-englisches Wörterbuch. Parallelwerk zu SACHS-VILLATE'S französisch-deutschem und deutsch-französischem Wörterbuche. Mit Angabe der Aussprache nach dem phonetischen System der Methode Toussaint-Langenscheidt. Grosse Ausgabe. Erster Teil: Englisch-deutsch. Bearbeitet von Professor DR. EDUARD MURET. Durchgesehene und verbesserte Stereotyp-Auflage. Fünfzehntes bis siebzehntes Tausend. Berlin — Schöneberg. Langenscheidtsche Verlagsbuchhandlung (Prof. G. Langenscheidt)* [esta portada es común a los dos primeros tomos del voluminoso MURET-SANDERS; en la portada de los otros dos restantes, hallamos sólo esta variación]: ... *Zweiter Teil: Deutsch-englisch. Begonnen von Professor DR. DANIEL SANDERS. Fortgeführt von Prof. DR. IMM. SCHMIDT. Beendet von DR. CORNELIS STOFFEL*; vid. de esta producción el t. I, pág. viii): “The warm pulse of the *Living Present* must, however, be regarded as our *immediate* and *principal source*. In the great centres of English, American and German life — in London, New York, Berlin, &c. — literary friends of all three nationalities have worked together, correcting the proofsheets, supplying what was deficient, improving what seemed capable of improvement, — not out of books, but out of their own living experience and practical acquaintance with things as they actually exist. . . but a fairly faithful mirror of the *modern spoken language*, in the spirit of Martin Luther, where he says: — “. . . Denn man mus nicht die buchstaben in der Lateinischen sprachen fragen, Wie man sol Deusch reden, wie diese Esel thun, sondern man mus die Mutter im Hause, die Kinder auff der gassen, den gemeinen Man auff das Maul sehen, Und darnach dolmetschen” (LUTHER: *Vom Dolmetschen*). De tan generosa amplitud no ofrecen ejemplos — y es muy natural y explicable que así ocurra — léxicos inspirados en un acentuado pragmatismo, como el de SACHS (*Enzyklopädisches französisch-deutsches und deutsch-französisches Wörterbuch . . . Unter Benutzung zahlreicher, von DR. BERNHARD SCHMITZ . . . gelieferte Beiträge von Prof. DR. KARL SACHS . . . Hand- und Schulausgabe . . . Methode Toussaint-Langenscheidt 34ste., durchgesehene und verbesserte stereotyp-Auflage. Berlin Langenscheidtsche Verlags-Buchhandlung (Prof. G. Langenscheidt) 1886, t. I. T. II. Second partie: Allemand-français — [Idéntica portada que la del tomo anterior; fecha de impresión, 1885], del que transcribimos los siguientes más que discutibles asertos (vid. de dicha obra t. I, préface, pág. viii): “Fidèles au principe de ne donner aucun terme étranger à l'école et à la vie usuelle, nous avons supprimé, à peu d'exceptions près, les expressions *vieillies* ainsi que les termes *du bas peuple* et de *l'argot* . . . Quant aux *provincialismes*, ils ne figurent dans notre ouvrage que s'ils sont très répandus ou qu'ils se rencontrent chez les bons auteurs”.*

inventando al hablar palabras nuevas
por no saber las viejas todavía”.

Y dentro de ese orden de fundamentales consideraciones, M. Pidal formula capitales y hoy ya indiscutibles asertos acerca del valor léxico de los reales y en muchas ocasiones presuntos a *americanismos*. El lector debe meditar acerca de la profunda significación de las siguientes palabras de nuestro autor sobre el mencionado tema (*Prol. cit.*, pág. xix): “La gran uniformidad de la región central de la Península se extiende, mediante la colonización, a todo el Nuevo Mundo. Las variedades léxicas en América son pequeñas, relativamente a la gran extensión del continente americano, y respecto de ellas se observa también que mucho de lo que se creía antes, o se cree ahora, peculiar de tal comarca, se halla también en otras de allá y de la Península. También se ha observado que una gran cantidad de americanismos son otros tantos arcaísmos usados antes en el habla común de España. Pero, además, el americanismo tiene una importancia política especial, por desarrollarse en estados independientes unos de otros y que a veces llevan vida bastante aislada. Aquí la información disponible es más abundante que en la Península, pues cada república se ha preocupado de recoger sus peculiaridades léxicas, aunque por lo común sin rigor metódico, así que es difícil poner en relación los múltiples datos allegados”¹⁵. Mas después de formular tan

¹⁵ Estas amplias y sesudas tesis fueron ya aplicadas al inglés americano por MURET-SANDERS en las siguientes aseveraciones (*op. cit.*, t. cit., pág. 11): “In Bezug auf ganz veraltete Wörter haben wir freilich den von *Century Dictionary* aufgestellten Grundsatz: “The first duty of a comprehensive Dictionary is collection, not selection”, nicht befolgen können. Degegen ist Provinzielles und Dialektisches nach Möglichkeit berücksichtigt worden. Auch haben besonders die Amerikanismen eine eingehende Beachtung gefunden. Letztere werden von Engländern häufig mit Unrecht als “unenglisch” abgelehnt. Man sollte nicht vergessen, dass zwei grosse Länder in einer Entfernung von ca. 3600 See-Meilen nicht lange bestehen können, ohne die ursprünglich durchaus gemeinsame Sprache in einzelnen Punkten nach verschiedenen Richtungen hin zu entwickeln, und dass jede dieser Entwicklungen ihre Berechtigung hat. Das Anglo-Indische, sowie das mannigfache Material, welches die Kolonialgebiete für den Wörterschatz namentlich an Eigennamen &c. bieten, ist um so mehr herangezogen worden, als die heutige und voraussichtlich auch die kommende Generation sich noch viel mit der “Teilung der Erde” zu beschäftigen haben wird. Auch schottische Wörter, soweit sie zum Verständnis von Walter Scott und Burns erforderlich erschienen, sind aufgenommen worden; ebenso fand das *Cant* und *Slang* möglichste Berücksichtigung”.

atinados juicios sobre la amplitud que debe alcanzar el material de vocablos recogido en los léxicos, nuestro filólogo muestra especial y fundada preocupación por la discriminación y elaboración científicas de semejante material, acumulado no pocas veces copiosamente, y así dice (*Pról. cit.*, pág. xix): “MODO DE EXPONER EL CAUDAL LÉXICO. Un diccionario que aspira a ser tan copioso, acogiendo lo más peculiar de cada localidad a la vez que lo más general, lo platicado por las gentes más cultas entre los hablantes, lo mismo que lo que estas gentes rechazan como bárbaro, tiene que evitar el peligro de desorientación que supone el entregar al lector esa mezcla informe, ese montón alfabético de elementos lingüísticos; tiene que extremar el cuidado en exponer todo ese material bajo principios históricos, gramaticales y estilísticos guíadores del uso”¹⁶. Nuestro autor piensa muy principalmente al formular esos consejos en la determinación de la etimología y de la fecha en que comenzó a usarse cada término léxico, porque con razón afirma esta tesis (*Pról. cit.*, pág. xx): “El saber cuándo empieza a usarse cada palabra tiene importancia no sólo para trabajos científicos sobre el idioma, sino para el uso práctico... Siempre es precisa, aun en grado mínimo, la adecuación cronológica del vocabulario a la época histórica de que modernamente se trate”. Pero sobre todo, M. Pidal de un modo particu-

¹⁶ La necesidad incluso hasta de alterar el estricto orden alfabético en aras de una más precisa determinación conceptual del material léxico, aparece terminantemente expresada en este pasaje del MURET-SANDERS (*op. cit.*, t. III. A. Vorwort zum deutsch-englischen Teil, pág. vi): “Ich habe (s. mein “Programm eines neuen Wörterbuches der deutschen Sprache”, Leipzig 1854) für mein grosses dreibändiges Wörterbuch (1850-65) und im Anschluss daran für mein Ergänzungs-Wörterbuch (1879-1885), in Rücksicht auf die Eigenart unserer so äusserst bildsamen Muttersprache, die Anordnung getroffen und durchgeführt, dass die ZUSAMMENSETZUNGEN nicht auseinandergerissen nach ihrer abecelichen Reihenfolge, sondern zusammengefasst unter dem Grundwort aufgeführt und besprochen sind, wodurch allein sich ein, wenn auch nicht unbedingt vollständiger, aber doch möglichst erschöpfender Überblick über den in andern Wörterbüchern zerstreuten Wortschatz der deutschen Sprache erzielen lässt und wonach der Nachschlagende die eigenartigen, einer eingehenden Besprechung bedürftigen Zusammensetzungen, abecelich geordnet, jedesmal unter dem Grundwort in möglichster Vollständigkeit aufgeführt und besprochen findet, während für die übrigen eine kleine Auswahl genügt, nach deren Ähnlichkeit sich eine unerschöpfliche Anzahl keiner weiteren Besprechung bedürftiger bilden lässt. Nur durch eine solche streng durchgeführte Scheidung lässt sich auf möglichst geringem Raume eine möglichst erschöpfende Vollständigkeit erreichen”.

lar insiste en recomendar y requerir el orden en la exposición de las distintas acepciones de las palabras, pues dice (*Pról. cit.*, pág. cit.): “Esa ordenación ha de servir no sólo para facilitar al lector la búsqueda de la acepción que desea, sino principalmente para orientarle sobre la significación originaria del vocablo y sobre la relación que con ese significado tienen las acepciones derivadas... Cuando la historia es conocida, el único orden lógico que cabe es el que se atiende [*sic*, creemos que por errata y en vez de *atiende*] a la sucesión histórica de las acepciones, la cual nos da la lógica de la vida, la de la realidad lingüística, muy diversa a veces de la lógica que razona en abstracto. Claro es que la historia de una palabra no siempre es conocida, y aunque lo sea, no siempre lo es suficientemente, de modo que también hay que ejercitar una adivinación psicológica (siempre ilustrada por un experto sentido histórico) para reconstruir la relación real que a través de los tiempos pudo unir entre sí las diversas acepciones que el idioma fue creando sucesivamente”.

Mas el citado insigne filólogo español supone que esa ordenación de las acepciones de los vocablos, ha de ser proyectada trazando verdaderos árboles genealógicos al respecto, y en este extremo nos permitimos disentir de tan autorizada opinión. Los árboles genealógicos aplicados a las relaciones genéticas de orden lingüístico, han originado en no pocas ocasiones lamentables y explicables yerros, porque la proclividad a dar objetividad indebida a los más plásticos símiles, es tan corriente y natural como peligrosa y, por ende, poco recomendable. Pero nuestro autor razona su opinión en el caso en estos términos, dignos de atenta meditación (*Pról. cit.*, pág. XXI): “La distribución de las acepciones en el *Diccionario* ha de poner el árbol genealógico de ellas ante la vista del lector: el tronco, las ramas principales y las ramillas de segundo o de tercer orden que salen de cada rama. Solo una ordenación así, genética, con la fecha absoluta o relativa de cada acepción, cuando eso sea posible, nos deja apreciar de un vistazo la historia de la palabra, nos explica el nacimiento de cada nuevo significado surgido y nos hace comprender la exacta propiedad de cada uno de ellos”.

Pero M. Pidal reclama todavía más eficaces auxilios de un léxico bien construído, elaborado científicamente, y así nuestro autor, al final del prólogo que extractamos, razona con gran sutileza acerca de temas de definición y sinonimia, localización, accidentes gramaticales y valoración afectiva de los términos léxicos. En el primero de los mencionados extremos, no nos queda más que asentir a estas fundadas aseveraciones (*Pról. cit.*, pág. cit.): “El lenguaje no se forma de conceptos absolutamente exactos; en la mayoría de los casos las definiciones de un diccionario sólo pueden ser aproximadas, casuísticas, por tanteos; véanse, por ejemplo, las variaciones que el concepto y la definición de un objeto material tan simple como una *silla*, va sufriendo en las sucesivas ediciones del Diccionario académico... El lexicógrafo debe sacar al hablante del laberíntico desconcierto en que a menudo se halla entre los sinónimos; debe, cuando el caso lo pida, enumerar, tras la definición, no sólo las voces sinónimas, sino también las afines, haciendo sobre las más próximas en significado observaciones diferenciadoras que guíen hacia la mayor propiedad del uso y muestren que nunca hay sinónimos del todo equivalentes”¹⁷. No es desdeñable tampoco — ni mucho menos — la precisa localización de los términos léxicos y de sus principales acepciones, siguiendo las rutas y los métodos de la lingüística geográfica, por lo que nuestro autor afirma (*Pról. cit.*, pág. cit.): “Para instruir al hablante sobre el empleo de una palabra de uso no general, el léxico debe esmerarse en declarar dónde esa voz es usada, esto es, a qué área geográfica se extiende su comprensibilidad... La Academia propende demasiado fácilmente

¹⁷ La importancia concedida al extremo que acabamos de registrar en el texto, halla en el léxico de MURET-SANDERS (*op. cit.*, t. cit., pág. VIII) esta relevante expresión: “Als ich nach dem Tode Daniel Sanders' am 11. März 1897 die Fortführung des von ihm bis dahin besorgten Werkes übernahm, verpflichtete ich mich, in derselben Weise zu arbeiten, wie es der Verstorbene gethan hatte, so dass kein wesentlicher Unterschied zwischen dem schon Gelieferten und meiner Fortsetzung hervortreten sollte... Nur in einer Hinsicht bin ich davon etwas abgewichen, wie ich hoffe, zum Gewinn des Werkes. Die Unterschiede in der Bedeutung der für jeden Artikel angegebenen Ausdrücke habe ich genauer zu charakterisieren versucht, als es früher geschehen war. Ich darf wohl erwähnen, dass ich seit Jahren englische Synonymik zu meinen Spezialstudium gemacht und ein ausführliches Werk darüber vorbereitet habe. Immanuel Schmidt”.

a declarar una voz de uso general, privándonos de un informe importante, no sólo para el estudio científico del idioma, sino para el acierto expresivo". Estas referencias sirven al ilustre filólogo español mencionado para aludir a las fundamentales labores que en materia de americanismos, debemos a D. Rufino J. Cuervo y al maestro Malaret.

Pero además M. Pidal supone que un diccionario recomendable, no debe omitir ni siquiera la precisa mención de los accidentes gramaticales de los vocablos inventariados y catalogados. "En suma — dice nuestro autor, *Pról. cit.*, pág. xxiii — más vale que el diccionario tienda a la abundancia, que no a la escasez, en toda clase de observaciones sobre plurales, femeninos, diminutivos, aumentativos, superlativos, conjugación irregular, acento de las formas verbales, construcciones defectuosas y toda clase de puntos dudosos". Creemos de capital importancia el extremo que acabamos de registrar. Si la lexicografía puede y debe diferenciarse de la gramática, debe y puede también recoger aquélla de ésta las informaciones precisas para la plena realización de su específico objetivo lexicológico. Las distinciones que no implican, ni suponen radicales separaciones, pueden y deben integrarse en fecundas síntesis comprensivas.

Porque la lexicografía no es ni siquiera ajena a las concepciones estilísticas que se acusan en la valoración afectiva de los términos léxicos. "Al calificar a un hombre de *viejo* o de *anciano* — dice M. Pidal, *Pról. cit.*, pág. xxiv — empleamos dos términos completamente sinónimos, pero sentimos entre ellos una diferencia que, si no depende de ningún matiz objetivo en la cualidad que ese adjetivo denota, depende de una apreciación subjetiva o afectiva que añadimos a la calificación, estimando que al decir *viejo*, damos a nuestro lenguaje un tono sencillo, a veces despectivo, y al decir *anciano*, hablamos en tono de mayor dignidad. El que habla, el que escucha, según la palabra sea una u otra, proyecta sobre una misma representación objetiva una luz afectiva diferente, que ora vulgariza o rebaja el concepto, ora lo ennoblece o idealiza; la imagen objetiva es la misma, pero aparece iluminada por luces de distinta coloración, según la tensión de ánimo en que se halla

el hablante, según la persona o el público a quien él se dirige, según el círculo social en que la representación surge. El Diccionario, además de declarar la propiedad que depende del significado objetivo del vocablo, debe informar sobre esta otra propiedad que responde a la estimación afectiva en que el hablante concibe las representaciones enunciadas". De los limitados conceptos que cuentan con esas sinonimias, cita nuestro filólogo las series *cara - jeta - hocico - rostro - faz, vientre - tripa - barriga - abdomen*, etc., etc.

Mas en la precisa estimación de los matices afectivos de las palabras, advierte nuestro autor poco acierto por parte de la Academia Española, citando en comprobación de su razonada crítica los hechos siguientes (*Pról. cit.*, págs. xxvi-xxvii): "El léxico debe señalar distintamente este carácter eufemístico; la Academia admite en 1925, con la consabida nota de "familiar", la voz *irregularidad* en el sentido de "malversación, desfalco", y el lector creerá que esa palabra sólo se usa en el lenguaje de la intimidad; pero se usa corrientemente en las sesiones de los tribunales o de las cámaras; es uno de tantos neologismos paliativos que fueron deslizándose en el idioma, como *distracción de fondos*, admitido también en 1925; *desfalco*, admitido en 1869; *malversación* en 1791; y cuántos no habrá que inventar todavía!".

Todas las discretas y profundas tesis que hemos intentado extractar del citado prólogo, permiten a su autor resumir, con plástica sobriedad y elocuencia, el concepto del diccionario que anhelamos y muchas veces no conseguimos, en estas sugestivas afirmaciones (*loc. cit.*, pág. xxviii): "... el Diccionario, al dar de cada palabra una caracterización precisa, una biografía esquemática que muestre las cambiantes o indecisas actitudes de la vida, representará el habla, no en reposo de autorizada estabilidad, sino en movimiento de avance; será como una fotografía instantánea del idioma en actitud dinámica, representando al vivo la dirección de su movimiento. No será un panteón consagrado al culto del bien decir, sino guía en una etapa del inacabable camino que va recorriendo el lenguaje. Tal diccionario, fotografía instantánea, el mismo día que acaba de imprimirse comienza a estar anticuado, pero llevará en sí siem-

pre, en las explicaciones del pasado y en la exacta descripción del presente, la razón de ser de las innovaciones futuras"¹⁸. Como la mayor parte de los asertos que hemos destacado en esta última parte de nuestra exposición cuenta con nuestro asentimiento cordial y efusivo — y así podrá comprobarlo quien dispense el honor de su consulta a nuestra monografía rotulada *Concepto de un diccionario de construcción y régimen*¹⁹ —, no nos resta más que subrayar la autorizada coincidencia con las tesis del maestro M. Pidal que da sólido cimiento a nuestras modestísimas convicciones personales.

Y para resumir el resultado cardinal del presente "ensayo", haré constar que mis experiencias lexicográficas no son, en general, ciertamente dolorosas, ni deprimentes. En ellas he encontrado — durante una larga parte de mi vida — eficaces estímulos para sostenerme y actuar con esperanzada ilusión en mi labor profesional y docente, por lo que me creo en el deber y con el derecho de señalar esa ruta a quienes han de sucederme e incluso ya me suceden en mis tareas lexicográficas, y han podido conocer principios menos humildes y más prometedores que los que personalmente me tocó conocer y soportar. Y puedo advertir al poner término a estas "notas" — sin ser víctima de falsos espejismos — que los estudios lexicológicos y las tareas lexicográficas vuelven a alcanzar fecunda vida en esta querida capital colombiana.

PEDRO URBANO GONZÁLEZ DE LA CALLE.

Instituto Caro y Cuervo, Bogotá.

¹⁸ Esta autorizada opinión del insigne filólogo español, es compartida e ilustrada en el MURET-SANDERS con las siguientes palabras y citas (*op. cit.*, t. I, Vorwort zur ersten Auflage): "So eine Arbeit wird eigentlich nie fertig. Man muss sie für fertig halten, wenn man nach Zeit und Umständen das Möglichste gethan hat" (Goethe). "Un Dictionnaire, on ne saurait trop le redire, n'est jamais une oeuvre parfaite" (Académie, 1878). *Op. cit.*, t. cit., pág. anterior a la tercera portada: "Lexikographische Werke, mögen sie noch so grossartig angelegt sein, haben das Vorrecht, Lücken und Irrtümer aufweisen zu dürfen. H. v. Meltzl".

¹⁹ Vid. de dicha monografía las referencias formuladas en las notas 5 y 6 del presente "ensayo".